

Regreso a la ciudad de Sherezade

DE LORENZO SILVA A MARÍA DUEÑAS, LOS ESCRITORES ESPAÑOLES VUELVEN A SITUAR SUS NOVELAS EN TÁNGER, EL LUGAR EN EL QUE DURANTE DÉCADAS HAN CONVIVIDO MULTITUD DE IDENTIDADES Y DONDE TODO EL MUNDO ES NARRADOR DE HISTORIAS.

Si usted me preguntara cuál es la clave del embrujo literario de Tánger, la razón por la que tantos escritores españoles, americanos, marroquíes y franceses sitúan allí sus historias, le respondería a bote pronto citándole un párrafo de *La ciudad de los prodigios*, una de las novelas del gran Eduardo Mendoza. Como usted bien sabe, *La ciudad de los prodigios* no transcurre en Tánger sino en Barcelona, pero preste atención, por favor, a esta escena de la novela en la que el general Primo de Rivera habla con su asistente:

“Bien, ¿no adivinas a quién me encontré en esa taberna de Tánger?, preguntó al asistente. El asistente se cuadró antes de hablar. A Búfalo Bill, mi general. Primo de Rivera se le quedó mirando de hito en hito. ¡Coño!, ¿cómo lo has adivinado?”

En esta escena deliciosamente surrealista, propia de los Hermanos Marx, está la clave del misterio. ¿Dónde sino en Tánger podrían haberse encontrado Primo de Rivera y Búfalo Bill? O, dándole otra vuelta a la ingeniosa tuerca propuesta por Eduardo Mendoza, ¿dónde sino en Tánger podría haberse inventado Primo de Rivera un encuentro con Búfalo Bill? O, rematando la faena: ¿dónde sino en una taberna de Tánger podría el asistente situar un encuentro de su general con un fetiche del que le habla constantemente?

Tánger, liberal, portuaria y fronteriza, cruce de caminos entre África y Europa y entre el Mediterráneo y el Atlántico, es un escenario donde todo, lo más sublime y lo más canalla, es posible, aún más importante para un escritor, verosímil. ¿Qué mejor sitio para fabular, para enhebrar tu cuento en el tejido de otros mil y un cuentos? Además, Tánger tiene una luz que intensifica los colores y las sombras, sacándoles lo mejor de sí mismos. ¿Qué mejor lugar para pintar, para añadir imágenes a la almazuela del cosmos?

Pero hay más, algo tan o más importante. Lo señalaba Jane Bowles al decir que Tánger es el lugar al que debe acudir cualquiera que quiera descubrir quién es de veras... o, por qué no, inventarse una identidad, la que de veras le apetece. ¿Qué mejor territorio, se preguntaba Mohamed Chukri, para soñarse uno mismo y soñar el mundo?



Por JAVIER VALENZUELA

Periodista y escritor. Después de trabajar 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y ser director adjunto de ese diario, fue el primer director de tintaLibre. Autor de ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser turuliano* y *Crónicas quinquis Tangerina* (Martínez Roca, 2015) es su novena obra publicada y su primera novela.

@cibermonfi

La literatura española vuelve a saberlo, vuelve a atravesar el Estrecho para sentarse en un café del Zoco Chico, el Bulevar Pasteur o el Acantilado y reanudar su fecunda relación con la ciudad donde se fraguaron dos de sus mejores novelas del siglo XX: *La vida perra de Juanita Narboni*, de Ángel Vázquez; y *Reivindicación del conde Don Julián*, de Juan Goytisolo. Obras las dos libérrimas, heterodoxas, en los márgenes. Como el ámbito donde transcurren.

Permitame que le adelante que, en mi opinión, ningún producto de la nueva cosecha literaria hispano-tangerina ha alcanzado aún el excelso nivel de Vázquez y Goytisolo, pero, incluso a riesgo de hacerme pesado durante unas cuantas líneas, autoríceme también a demostrarle que esta cosecha comienza a ser abundante. Ahí están *La ciudad de la mentira*, de Iñaki Martínez, finalista del último Premio Nadal (Ediciones Destino, 2016); *Un largo sueño en Tánger*, de Antonio Lozano (Almuzara 2015); *La emperatriz de Tánger*, de Sergio Barce (El General, 2015); *Los cuadernos del Hafá*, de Pablo Cerezal (Carena, 2012); *El tiempo entre costuras*, de María Dueñas (Temas de Hoy, 2009); *Encuentro en Tánger*, de José Luis Barranco (Mira, 2009); *Fronteras de arena*, de Susana Fortes, finalista del Premio Primavera (Espasa, 2001); *Del Rifal Yebala*, de Lorenzo Silva (Destino, 2001); *El año que viene en Tánger*, de Ramón Buenaventura (Debate, 1998)... Hasta yo mismo hice una aportación con *Tangerina* (Martínez Roca, 2015) y ando escribiendo la segunda.

¿Qué mosca nos ha picado a tantos para que esta ciudad se haya convertido en una de las situadas allende la península Ibérica

más presentes en la literatura española contemporánea? Tal vez sea el comprobar que, pese a su decadencia en el último tercio del siglo XX, muchas de las cosas que fascinaron a nuestros ilustres predecesores siguen en pie: una ubicación geográfica extraordinaria y un clima benigno; la liberalidad y el buen humor de sus gentes; la abundancia de escenas e historias sabrosas; la posibilidad de entenderse en castellano con casi todos los verdaderos autóctonos... Y también, supongo, el hecho de que puede escribirse de muchas de las cosas que se han perdido, como el estatuto de ciudad internacional o la existencia de una vibrante comunidad sefardí, porque aún quedan testigos humanos y materiales que pueden recreárlas.

Seguramente usted sabe que, entre 1923 y 1956, la capital del Estrecho fue una ciudad internacional. La administraban siete potencias occidentales y disponía de un régimen de amplia libertad en materias como el comercio, la religión, los negocios, las ideas y aficiones personales. Vivían allí judíos, cristianos, musulmanes y descreídos, y entre ellos varias decenas de miles de españoles, por lo que la peseta, el castellano, el vino, las tapas, el flamenco y las querellas ibéricas eran parte consustancial de su ser. No le extrañe, pues, que la recreación de ese período sea el tema de bastantes de las obras mencionadas arriba.

Iñaki Martínez, por ejemplo, nos cuenta en *La ciudad de la mentira* una historia de



Boulevard Pasteur





amores y espías durante la Segunda Guerra Mundial, cuando Tánger era en realidad ese refugio para los que huían del fascismo descrito en la película *Casablanca*. Centrándose en Tetuán, pero con significativas escapadas a Tánger, María Dueñas ya había espigado en esa temática con el éxito que usted conoce. Le confirmaré que a Dueñas cabe atribuirle buena parte del renovado interés de los viajeros españoles por la ciudad. Mi amigo Juan Carlos fue de los que cruzaron el Estrecho con *El tiempo entre costuras* en la mochila y -no es el único- decidió quedarse allí. Juan Carlos es valenciano y ahora regenta el restaurante Diblú, frente al puerto y la vieja estación de ferrocarriles, donde sirve arroces estupendos.

En caso de que no la conozca, estoy obligado a advertirle de que Tánger no es una ciudad de monumentos y museos excepcionales. Su belleza, contrastada a menudo con fealdad, y eso es tan literario, no se impone al primer golpe de vista. Paul Bowles solía decir que no estaba hecha para turistas, sino para viajeros. El escritor y músico norteamericano tenía en esto tanta razón como cuando afirmaba que la seguridad es un falso dios al que jamás hay que comenzar a hacer sacrificios.

VIVIR Y DISFRUTAR LA CIUDAD

Para apreciar lo que Goytisolo llama “el secreto de Tánger”, hay que vivirla. Pero no se asuste: para vivirla no son necesarios meses o años, ni tan siquiera semanas. Basta con una determinada predisposición espiritual, una determinada apertura de los sentidos, el corazón y la mente, para disfrutar a las pocas horas de una auténtica epifanía: la de saber que uno ya forma parte de la ciudad, ya se ha incorporado a su paisaje y su paisanaje.

Usted puede sentir esa epifanía al salir de la perfumería Madini con una extraordinaria colonia de limón natural en la bolsita de plástico y avistar la Terraza de los Perezosos, la amplitud azul de la bahía y, al fondo, las costas gaditanas perfilándose en el horizonte. O al tomar un té con yerbabuena en el Zoco Chico o la terraza del Cinema Rify, tras preguntarse por qué diablos eso que está viendo le gusta a tantos viajeros, constatar de repente que se trata de ese fascinante espectáculo teatral del que hablaba Tennessee Williams... y, todavía mejor, comprender que usted es uno de los miembros del reparto. Los tangerinos, le informo, contribuyen desde el primer momento a adoptarte, a hacerte uno de ellos.

Bowles fue el primero en descubrirlo, o al menos, el primero en contarlo. Y lo hizo tan bien que sus amigos empezaron a viajar a la ciudad y a apreciar que tenía razón. Truman Capote, Tennessee Williams, William Burroughs y Jack Kerouac fueron de los que pasaron allí largas temporadas en el ecuador del siglo XX. El alcohol, el kif y el hachís eran baratos y abundantes; los chicos, guapos y accesibles; y el inglés, una lengua comúnmente hablada. Tánger era entonces de todos y de nadie, el refugio ideal para disidentes en sus ideas y formas de vida, un “santuario de la no interferencia” como lo llamaría Burroughs.

El francés Jean Genet terminaría sumándose a la fiesta. Genet decía que Tánger era un “refugio de traidores” y eso en su boca era todo un elogio. Como lo era para Juan Goytisolo cuando se instaló allí para contemplar la amarga España del franquismo desde la atalaya del café de Hafa, denostarla todo lo que pudo y reivindicar la figura del conde don Julián, aquel renegado que, según la leyenda nacional-católica, abrió las puertas de España a los sarracenos.

En cuanto a Ángel Vázquez, había nacido allí, hijo de Mariquita, la sombrerera de la calle de Siaghins, un hombrecillo miope, alcohólico y homosexual que, con ese monólogo de una solterona que es Juanita Narboni, escribiría la que quizás es la gran obra maldita del siglo XX español. “Esta ciudad es como una caracola que va recogiendo los peores ruidos del mundo”, dice el personaje de Juanita Narbona, y, ahora que lo pienso, eso hace aún más intrigante y significativo que las novelas tangerinas de Vázquez y Goytisolo sean monólogos.

A mediados del pasado siglo, las películas y novelas norteamericanas llamaban “sin city”, ciudad del pecado, a Tánger, y no era para menos. Espías y traficantes de drogas, joyas y armas de todo el planeta deambulaban por tabernas españolas como La Mar Chica, bares americanos como el Negresco, y los muchos casinos y prostíbulos del lugar. Lo hacían, eso sí, teniendo la precaución de nunca derramar sangre en aquel lugar que, merced al estatus internacional, los cobijaba a to-

dos. Así que la ciudad era muy segura y, le informo, sigue siéndolo.

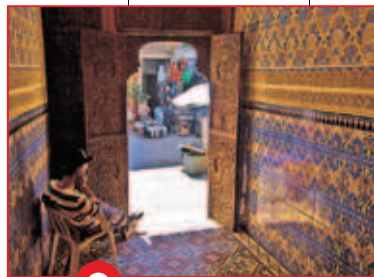
También iban por allí escritores del género negro. A Ian Fleming podía vérselo por las noches en el Dean’s Bar y a Patricia Highsmith durante el día en la Librairie des Colomes, departiendo con mi amiga Rachel Moyal. Aún hoy las películas de James Bond, la criatura de Fleming, suelen incluir escenas que transcurren en Tánger; así ocurre en la última, *Spectre*. Y es que quien tuvo retuvo: Tánger sigue siendo un territorio privilegiado para la novela y el cine *noir*, por lo que no debe extrañarle que algunos de los escritores españoles actuales que allí sitúan sus historias opten por ese género. Tal es mi caso.

Tánger, creo que ya lo dije, es una ciudad hispanófila e hispanohablante. Con sus dos mejores narradores marroquíes he hablado horas y horas en la lengua de Cervantes, como lo estoy haciendo con usted. Mohamed Chukri ya murió, pero le rindo homenaje cada vez que bajo allí, uno que creo que a él le gustaría: tomarme una copa en el bar que han abierto en los bajos del hotel Ritz con el título de su obra más célebre: *Aun pain nu*, el pan a secas. ¿No le parece maravilloso que bauticen a un bar con el título de una novela? En lo que respecta a Mohamed Mrabet, un analfabeto que le dictaba en castellano sus cuentos a Bowles, no bebe desde hace lustros, de modo que con él, que sigue vivo y coleando, me tomo un té con yerbabuena.

Por cierto, Cabaret Voltaire acaba de reeditar *Amor por un puñado de pelos*, el refrescante relato que le dictó Mrabet a Bowles. Y la misma editorial ha publicado obras inéditas en nuestra lengua de Chukri, la última, *Zoco Chico*, en excelentes traducciones de Rajae Boumediane, Malika Mbarek y Karima HajjKarima. Otra muestra, pienso, del renacer del interés español por la ciudad.

Termino. La ciudad de Tánger es un gran territorio literario porque, como el Camelot del rey Arturo, encarna un arquetipo de toda la Humanidad; en su caso, el de un espacio donde todos pueden vivir en libertad sin otro límite que la libertad de los demás. ¿Y qué más da que no fuera exactamente así ni tan siquiera durante el período internacional, que aquello ocurriera en tiempos del colonialismo, que, como decía Emilio Sanz de Soto, fuera “una deliciosa mentira”? Los mitos no son la Historia, sino que aspiran a iluminar nuestro futuro. Los mitos señalan aquello a lo que anhelamos, y el siglo XXI será así, el de la convivencia en libertad de las identidades múltiples individuales y colectivas, o no será de otra manera.

En Tánger cada cual cuenta la historia de un modo diferente porque todo el mundo es contador de historias, propias o recreadas; todo el mundo es Sherezade. ♦



Callejón en Tánger.



Paul y Jane Bowles



Fotograma de Casablanca



Fotograma de El cielo protector



Patricia Highsmith